

ba el sitio de preferencia, entre su madre y Estrada; y el diálogo lo sostenían doña Carolina y su yerno; Matilde, entre tanto, embebida en sus meditaciones, pensaba en Claudio, que también la recordaría, y observaba a su marido. Pablo, a pesar del afectado atildamiento de su persona, parecía un *hortera* acostumbrado a comer en la trastienda y en mangas de camisa: comía de prisa, sin paladear los manjares; bebía deglutiendo ruidosamente; sorbía con estrépito las cucharadas de sopa, como si fuesen ostras, y en vez de levantar la cuchara hasta la boca, permanecía con los antebrazos apoyados sobre la mesa inclinándose a cada momento hacia adelante, para salir al encuentro de la cuchara.

Matilde le examinaba sin hallar término a la insignificancia de su marido; cada día se le antojaba más pequeño; más insufrible; era el indiano del sombrero de jipijapa y de la corbata verde, que menguaba...

Después de almorzar y mientras servían el café, la joven exponía brevemente los motivos que la obligaban aquella tarde a salir; no había chocolate, una amiga estaba esperándola... y acto continuo, como mujer que cuenta de antemano con el permiso de obrar libremente, subía a su habitación para vestirse. Doña Carolina, a quien no convenían los pretextos alegados por su hija, quedábase refunfuñando y concluía por ceñirse una venda alrededor de la frente y meterse en su dormitorio, diciendo que tenía jaqueca y que no la llamasen aunque el hotel ardiese. Pablo Estrada continuaba delante de la mesa, balanceándose sobre las patas traseras de su silla y fumando un cigarro puro. En aquellos momentos ni el humo ni el café le excitaban: los trabajos de la digestión paralizaban las pulsaciones del cerebro y permanecía aletargado, pensando, como siem-

pre, en lo bien que vivía en aquel hotelito, sembrando flores, criando gallinas y sacando agua del pozo, junto a aquellas dos mujeres que tanto le querían; y discuriendo así paseaba sus miradas por el comedor, contemplando cariñosamente el suelo, las paredes, el techo, la lámpara; todo aquello que compró con parte de los centenes ganados en muchos años de ruda brega y que parecía amarle también. Estrada sentía hacia el hotel ese afecto que experimentan los gatos viejos por la casa donde nacieron; aquello era suyo y debía quererlo y cuidarlo, porque era su hacienda y porque allí vivía Matilde, la mujercita que había de acompañarle en el ocaso de su vida, y a quien quería por bonita y por económica.

Nunca apareció la cualidad sobresaliente de la joven; el ingenio: todo lo que hay de pupilas adentro, la inteligencia, la imaginación viva, la amena conversación, formaban un mundo cuyos encantos él no veía; sólo apreciaba el cuerpo de su mujer y su habilidad en regular los gastos de la casa, y la quería mansamente, con amor que tenía algo de fraternal, porque era tan avaro de su salud como de su dinero, y únicamente la abrazaba con mayor ternura que de ordinario, cuando el apetito carnal le estimulaba el corazón; era una pasión tonta que satisfacía tranquilamente, con una periodicidad repugnante de hombre metódico que regula las expansiones de su amor, como el presupuesto de sus gastos; un cariño de comerciante retirado, para quien la mujer es una cuenta pagadera en caricias, o un cigarrillo que se fuma para proporcionarse un rato de económico solaz entre las operaciones del *debe* y *haber* del libro Mayor.

Las esquivas de Matilde no le sorprendían, ni siquiera reparó en ellas; él no conocía los vértigos frenéticos del amor, ni la emoción que pre-

cede a las citas, ni aquel saltado rapidísimo seguido de preguntas dichas atropelladamente, ni aquel besar continuo, insaciable; ni aquel seguir con los ojos a la mujer querida, envolviéndola en una postrimera mirada de pasión; ni sospechaba el sibarítico deleite que los verdaderos amantes de la belleza femenina encuentran contemplando a las mujeres desnudas, apreciando las turgentes morbideces del cuerpo y poseyéndolas mentalmente antes de lograrlas, ni esas lagoterías deliciosas que son el amor mismo... Jamás tuvo el antojo de ver a Matilde desnuda, ni de besarla los pies: aquello le parecía infantil y vergonzoso; el matrimonio, en su concepto de hombre morigerado, era la fórmula legal de satisfacer la sensualidad: el marido es el macho que desea; cuando este deseo falta, el marido desaparece y queda el hermano. Consecuente con este criterio no extrañaba la frialdad de Matilde; sin duda era una mujer sobre la cual la carne influía poco. Esto le tranquilizaba acerca de la moralidad de la joven; para él todas las mujeres eran iguales, y suponía que ella mediría a los hombres por idéntico rasero; no comprendía que el apetito tuviese predilecciones; el apetito era único, indivisible, independiente del objeto apetecido. Por eso nunca dudó del cariño de su esposa; creía que Matilde le amaba con un afecto tranquilo; pero firme, que resistió inalterables seis años de viudez, y la quería con una pasión incolora de ciego-sordo-mudo, cuya alma, a consecuencia del embotamiento de los sentidos, no sufre tempestades...

Y mientras cavilaba en esto, Matildita Landaluce, de pie frente al espejo, se vestía sus pantaloncitos de seda y sus mejores camisas, ajustándose el corsé y perfumándose, para correr al adulterio. Después bajaba la escalera, dejando

tras sí un penetrante olor a esencia de heno; saludaba a Pablo desde la puerta y salía como una exhalación hacia la carretera... El la dejaba marchar sin pesadumbre, satisfecho de tener una mujercita tan hacendosa y tan activa.

A la caída de la tarde, momentos después de encendidos los faroles, regresaba la joven, explicaba sucintamente el resultado de su paseo y subía a desnudarse. Cuando volvía al comedor iba a sentarse en una butaca, y allí, con una piernecita cruzada sobre la otra, se entregaba a una meditación incolora, de cerebro cansado. Entre tanto, Pablo Estrada iba y venía por la habitación con los brazos cruzados a la espalda, en la actitud favorita de los hombres irresolutos, y balanceándose al andar sobre sus piernas arqueadas, como los marineros viejos avezados a contrarrestar los vaivenes del buque: de pronto se detenía para decir algo, clavando en Matilde sus penetrantes ojos que brillaban de un modo singular a la luz del quinqué; ella respondía entre dientes, arrastrando las palabras como si estuviese dormida; el eco de su voz vibraba un momento, y, cuando se extinguía, Pablo reanudaba su paseo y ella tornaba a su meditación.

Después de cenar organizaban entre los tres una partida de dominó o de lotería; doña Carolina jugaba con el ahinco del aburrido que procura distraerse; Pablo, habitualmente serio, bromeaba comentando los lances del juego, y Matilde respondía con monosílabos, muda y tristonera como una esquila de defunción.

A las diez disolvían la reunión: doña Carolina se retiraba a su dormitorio, y mientras Estrada recorría las puertas convenciéndose de que estaban bien cerradas, Matilde subía corriendo a su cuarto para desnudarse sin que él la viese, evitando así que sus encantos pudiesen despertar

en Estrada una antipática explosión de amor. Cuando Pablo llegaba a la habitación, la joven fingía dormir: él no decía nada y se acostaba también, con el sosiego del justo que nada desea.

En aquellos momentos de recogimiento que precedían al sueño, ¡qué psicologías tan interesantes ofrecían aquellos dos seres que se despe- rezaban inquietos bajo el mismo cobertor... Matilde se acurrucaba en un extremo del lecho, las piernas encogidas bajo la camisa, dentro de la cual se envolvía como en un saco; con un brazo debajo de la almohada y el otro doblado sobre el pecho, tapándose el seno; de espaldas a su marido y cuidando de que la sábana formase a lo largo del lecho una arruga que evitara el inmediato contacto de los cuerpos.

Entonces sentía que su amor hacia Claudio aumentaba: le veía en su memoria tal como horas antes le viera; anhelante, estrechándola entre sus brazos nervudos; siempre era el Dantón con cabeza de Rubens del primer día, con su imaginación arrebatada y su carácter irreflexivo de niño grande.

Pensando en él comprendió Matilde que la fidelidad tiene para las mujeres mayores hechizos que el adulterio: es muy hermoso querer a un solo hombre, consagrarle todas sus maruserías, acicalarse para parecerle más hermosa, rebuscar conversaciones entretenidas para divertirle; humillarse, sufrir por él... Matilde Landaluce tan altiva, y tan dueña de sus afectos, sentía por su amante una debilidad de niña cándida que empieza a querer; hubiera deseado llegar a Claudio pura como salió del regazo materno, para ofrecerle la virginidad de su cuerpo como le había entregado la de su corazón, sin regatearle ningún encanto; y ya que aquello era imposible, procuraba serle enteramente fiel. Para ella, su adulterio no

ofendía a Estrada, sino a Claudio, verdadero norte de su voluntad; entregarse a éste era lógico y natural; pero ceder a los caprichos de Pablo, la parecía un adulterio frío, repugnante, pues se consumaba su placer; por eso se recataba no queriendo prostituir aquello que su amante enaltecía tanto, y se hacía un ovillo, huraña y fosca como un puerco-espín.

Una noche Pablo Estrada aventuró tímidamente algunos halagos; Matilde callaba, conteniendo la respiración; él la llamó varias veces, primero muy quedo, para no asustarla, luego más fuerte; después, viendo que no respondía, la tocó en un hombro: había acertado la distancia que le separaba de su mujer y deshecho el pliegue redentor de la sábana; del fondo del lecho ascendía un vaho cálido y lujurante de mujer desnuda; el temido desenlace del sacrificio se acercaba; ella se estremeció, volviéndose bruscamente con movimiento rabioso.

—¿Te sientes mal?—preguntó Pablo.

—Sí, y además... tengo mucho sueño, ¿qué querías...?

—Nada, charlar un rato...

La había pasado un brazo por debajo del cuello, mientras la mano que le quedaba libre la acariciaba las caderas con ese retraimiento de los machos tibios; aquellos dos corazones, guardadores de afectos tan contrarios, se aproximaban latiendo el uno casi encima del otro; aquellas cabezas, separadas por el eterno antagonismo de sus pensamientos, se juntaban sobre una almohada, ahuyentando la imagen del amante ausente que parecía yacer entre las dos. Matilde quiso defenderse.

—Estoy enferma—murmuró—, déjame.

Se entregó a él con una repugnancia que sólo las mujeres, por el papel pasivo que desempe-

ñan en momentos tales, pueden comprender; acongojada, inerte, sintiendo en el estómago un desconsuelo que iba creciendo y llenando su boca de saliva, cual si fuese a prorrumpir en arcadas; y mientras complacía los apetitos del hombre odiado, recibiendo en sus entrañas la suciedad de su amor, creía oír la voz plañidera de Claudio, murmurando en su oído: «¡ Soy uno de tantos, soy uno de tantos...! » como si su espíritu asistiese en aquellos instantes a la degradación de su ideal.

Fué un refinamiento de crueldad, un suplicio espantoso, en el cual la enormidad del castigo eclipsó la magnitud de la culpa: para las mujeres sólo hay un dolor comparable al placer de rendirse al amante que quieren; el de entregarse a un hombre odiado.

Después, cuando Estrada la dió en los labios el beso de despedida para echarse a dormir, experimentó un nuevo sentimiento de asco, y se limpió la parte besada hasta lastimarse la piel, no queriendo conservar nada de aquel beso repugnante.

Estos combates íntimos de Punto-Negro los ignoraba Claudio. Guiada por una maravillosa intuición, cuidaba de presentarse alegre y despreocupada a los ojos del amante, para no aburrirle con inútiles quejas; cuando hablaba de *su gente*, aludía casi siempre a su madre, enumerando sus rarezas de vieja austera y los disturbios domésticos a que estas brusquedades daban origen; pero todo lo decía de corrido, sin poner ensañamiento en sus quejas, acusándola y disculpándola, temerosa de ser injusta con ella. El recuerdo, sin embargo, de sus nocturnos dolores era tan grande, había tal poso de amargura en aquellos episodios que refería bromeando, que la sinceridad de sus afectos solía sobrepujar al

estudiado comedimiento de sus palabras; su graciosa boquirrita de finos labios dejaba de sonreír, y entonces hubiera querido decir cuánto padecía por las noches en brazos de aquel marido odiado, y desahogarse llorando y pregonando a gritos su desgracia.

Antúnez advertía los dolores íntimos que apenaban el expresivo semblante de su querida.

—¿Qué tienes? — exclamaba—; ¿estás triste?... No te apures, chiquilla; ésta es una cruz que llevamos entre los dos...

—¡Ca!... — respondía ella riendo—; si estoy bien, aprensivo...

El la zarandeaba sobre sus rodillas, abrazándola y dejándola, para volver a cogerla, como se hace con los niños para quitarles el sueño. Ella, aturdida por sus caricias, palmoteaba y reía, echando hacia atrás la cabeza.

—Punto-Negro, si mi amor fuese algo ponderable, se mediría por quintales. Ya conoces mi sed de gloria; pues bien: la humanidad, batiendo palmas delante de un cuadro mío, no me comovería tanto como tú, perdigón, echándome los brazos al cuello; tu cariño me ha vuelto del revés; he dejado de ser pintor, para ser amante; parece que también voy a conquistar la inmortalidad queriéndote mucho.

—¿Como los amantes de Teruel, que se hicieron famosos besándose...?

—Precisamente.

Ella reía de todas veras, olvidando sus dolores.

—Chico, ¡qué bien!...

Matilde había hecho del arte de agradar su principal preocupación; quería reír siempre que estuviese con Claudio, para que su alegría provocase la de él y subyugarle más fácilmente.

La risa determina en el ánimo provechosas

expansiones, excita la imaginación y dulcifica las asperezas del carácter; es la bulliciosa precursora de la felicidad, el benéfico rocío que esponja el corazón y hace germinar los afectos más dulces: el dolor sistemático es la filosofía de los imbéciles, que se complacen en quejarse del mundo buscando un pretexto para no hablar y encerrarse en un mutismo estéril del borrico sedado: la alegría es sentimiento expansivo, contagioso, que se desborda; es la música de la vida, el supremo bien, el arco iris del alma; una boca que ríe es capullo que se abre para convertirse en flor perfumada, rayo de sol filtrándose entre dos nubes oscuras.

Claudio Antúnez, viéndola reír, lo olvidaba todo. Consecuente con su carácter llano, creía que los sentimientos no pueden desfigurarse. Este franco criterio provenía de su temperamento y de su profesión; los pintores son refractarios a la autopsia, porque nunca pasan de la superficie.

El médico y el psicólogo ahondan, escudriñando los ocultos repliegues del cuerpo y los fingimientos morales; levantan tejidos, disecan músculos, analizan con el microscopio lo que a simple vista no puede apreciarse, persiguen al glóbulo sanguíneo con su marcha veloz por las venas, desgarran las entrañas para examinar a la luz del sol sus fibras palpitantes, esclarecen el mecanismo de los fenómenos nerviosos, rompen los cráneos para estudiar el cerebro y sorprender las diminutas celdillas donde el pensamiento se recata, cogen una idea y la desmenuzan, deslindando las miradas de conceptos que la componen, y que lentamente, y obedeciendo a inexplicables combinaciones fueron mezclándose y superponiéndose hasta formar una idea grande, compleja, expresión disimulada, pero fiel, de otras menores: la anatomía y la psicología son

ciencias enemigas de la forma: la primera destroza los cuerpos para conocerlos mejor, y la psicología diseña el espíritu. Pero el pintor se detiene en la línea y en el color, sin preocuparse de lo que aquellas falaces apariencias tapan o encubren; su misión termina donde empiezan la del médico y la del psicólogo; el sol es el colaborador indispensable de los pintores, y éstos van hasta donde la luz solar llega. El hombre, en Claudio Antúnez, no sobrepujaba al pintor, y por eso no dudaba de nadie, creyendo que Matilde, a pesar de su marido y de su madre regañona era feliz...

...Y así pasaron la primavera, y llegó el verano.

Los ardorosos días de junio sirvieron de sólido pretexto a doña Carolina para impedir que su hija saliese; Estrada fué del mismo parecer, diciendo que era temerario ir hasta Madrid con aquellos calores, exponiéndose a una insolación, y Matilde tuvo que ceder conformándose con la voluntad de sus carceleros y acechando una ocasión propicia para escapar.

Antúnez la esperó inútilmente tres días consecutivos en casa de Antonia Carrasco; al cuarto se vieron, y ella le puso al corriente de cuanto sucedía.

—Es preciso — dijo — que vengas a mi casa, pues de lo contrario hay que renunciar a vernos: yo he ideado una fábula que legitima tu presentación. Hace mucho tiempo, antes de conocerte, dije que quería retratarme; pero, como no tuve verdadero deseo, todo quedó en proyecto: ayer, intencionadamente, volví a insinuar la idea, y como Pablo asintió entusiasmado y mi madre tampoco puso mal gesto, hoy salí diciendo que Juana me recomendaría a un pintor muy bueno... ¡Hijo, ando por esas calles del brazo del

Diablo!... Juana ya está prevenida, dispuesta a seguir punto por punto mis indicaciones: el pintor eres tú; tu visita puede efectuarse mañana mismo; ahora, lo que resulte de este enredo, ni Merlín lo sabe. ¿Qué te parece mi plan?... Tiene la mar de gracia eso de presentarte en mi casa y saludarnos como si no nos conociésemos, ¿eh?...

—Es una aventurilla deliciosa.

—Bien; tú eres amigo de Juana...

—Convenido.

—Y a mí sólo me has visto una vez en casa de ella, ¿sabes ... No lo echas a perder llamándome Punto-Negro..., porque entonces no respondo de echarme a tu cuello y comerte a besos.

—Perfectamente.

—Pues entonces te espero mañana a las cuatro de la tarde; serás bien recibido; ahora voy a engatusar a mi gente hablándoles de ti... ¡Chico, qué bien!...

Cuando se separaron era muy tarde; ella salió corriendo, pensando en el pasillo cómico que al siguiente día iba a representar.

Todo aquello, tan original, tan imprevisto, era la obra del Destino impenetrable, que empuja a los seres.

### VIII

Momentos antes de la hora fijada por Matilde Landaluce para la cita, cruzaba Claudio la encrucijada de Cuatro-Caminos.

Hacia un calor insoportable; la brisa levantaba pequeños remolinos de polvo que volaban por la carretera en zig-zags, agitando los toldos extendidos delante de las tabernas sobre las me-

sas de pino colocadas al aire libre; dentro del convento de Nuestra Señora de las Maravillas resonaba el monótono guirigay de los chicos que repetían en coro y a gritos la formación de los diptongos.

Por el camino avanzaban, en dirección a Tetuán, varias carretas vacías: en cada una de ellas iba un hombre; todos parecían dormir; los unos boca abajo, los otros pecho arriba, con el ancho sombrero de fieltro echado sobre la cara y las piernas y los brazos abiertos, estremeciéndose inertes a cada movimiento del vehículo, como si el trabajo hubiese relajado la tonicidad de sus músculos: las ruedas, mal engrasadas, giraban con chirrido continuado, desapacible, que recorría toda la escala, desde los tonos más graves a los más agudos, sin interrumpirse jamás; era un quejido del hierro, un *yiii...* doloroso, que subía y bajaba, retorciéndose a lo largo del camino polvoriento; los babosos bueyes caminaban perezosamente, apoyándose el uno sobre el otro para sentir menos la fatiga y el húmedo hociquito pegado al suelo, como olfateando.

A lo lejos, a ambos lados de la desierta carretera, que se extendía formando una curva, blanqueaban multitud de casitas de un solo piso, y en último término, la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, levantando su torre blanca y puntiaguda, semejante a un colosal sorbete de arroz.

Claudio Antúnez no había vuelto a pasar por aquel sitio desde la noche en que conoció a Matilde, y esta vez caminaba recordando los menores detalles del primer encuentro: sus impresiones al ver entrar a Punto-Negro en el tranvía, la prontitud oportuna con que él acudió a cederla su asiento, y el modo que ella tuvo de sonreír y darle las gracias; las vacilaciones que le asal-